



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:

como hija, esposa y madre,

conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia

para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor

el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre

y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

IV. María y la transmisión de la vida

- 1. La castidad de santa María y de san José*
- 2. La virtud de la castidad en la vida conyugal*
- 3. Una paternidad generosa y responsable*

1. La castidad de santa María y de san José

Nos confunde a veces la forma en que la familia de Nazaret vivió la sexualidad y la transmisión de la vida. María conservó intacta su virginidad; Jesús nació por obra del Espíritu Santo, sin concurso de varón. José fue el “custodio del Redentor”, pero no el padre biológico de la criatura. ¿Qué nos dice todo esto para entender mejor la transmisión de la vida en el matrimonio? ¿Nos sirve la Sagrada familia como modelo?

En cierto sentido, como dice Fabrice Hadjadj, “María y José son la excepción que confirma la regla”. Ellos confirman plenamente lo habitual: la fecundidad de la mujer, la vida que resulta de la unión sexual. Pero lo hacen de forma excepcional. Cito de nuevo a Hadjadj: “No porque la primera mujer saliera del costado de Adán han de ejercitar los hombres sus músculos abdominales para encontrar esposa. No porque María y José vivieran el misterio de un compromiso a la vez virginal y carnal hemos de imitarlos nosotros con unas nupcias voluntariamente privadas de sexo (la Iglesia nos recuerda que, en ese caso, el sacramento del matrimonio sería inválido)”.

María es “virgen” y es “madre”. Y nos sirve como modelo para las dos vocaciones. Lo que en ella forma unidad, sin embargo, se desdobra en las demás mujeres: unas están llamadas a imitarla en la maternidad, otras en la virginidad. Y se puede decir que algo parecido ocurre con san José: modelo del hombre casado para vivir una sponsalidad y paternidad viril; patrono para los sacerdotes y para los que viven la virginidad consagrada.

Este es el misterio de la familia santa. Y en este sentido constituyen una cierta “excepción que confirma la regla” o, mejor dicho, una “plenitud excepcional que confirma la regla”, porque en ellos alcanza “unidad” lo que en nosotros es todavía camino. Y así sirven de modelo a los esposos y a quienes viven la vocación a la virginidad.

Partiendo de la Sagrada Familia, queremos plantear en este tema la “transmisión de la vida” en la familia. María y José nos enseñan la virtud de la “castidad” matrimonial que permite, precisamente, integrar el deseo sexual en la lógica de un amor más grande. Tratemos de explicarlo.

2. La virtud de la castidad en la vida conyugal

Nietzsche afirmaba que “la predicación cristiana de la castidad es un estímulo a la perversión”. Expresaba así un resentimiento contra la virtud de la castidad que padecemos también hoy día. ¿Ha estado la Iglesia obsesionada con el sex(t)o? ¿Ha conducido esto a un envenenamiento del amor, a la mediocridad en el ámbito erótico? ¿Somos el producto de un “puritanismo” que mira el sexo con una mezcla de temor y deseo?

Preguntémonos en primer lugar qué es la castidad. Es una virtud que se refiere al deseo y, particularmente, al deseo erótico. Podemos vivir la sexualidad de muchas formas: para

obtener placer, para tener hijos, para ganar dinero, para dominar a otras personas... ¿Qué forma de vivir deseo sexual nos conduce a una “vida buena”? Vemos que hay modos no logrados de vivirlo: la prostitución, el autoerotismo, el abuso... Y entendemos, de este modo, que necesitamos una virtud, una fuerza, que nos ayude a orientar bien el deseo erótico. Esta virtud se llama “castidad”.

El deseo erótico tiene, de una parte, una finalidad orientada hacia la *procreación*, que no puede ser negada, ocultada o despreciada. Los esposos, juntos, se abren al don originario del Creador, que a través de ellos transmite la vida. De este modo su amor se hace fecundo y se regalan, el uno al otro, el don de la paternidad y de la maternidad. De otro lado, hay en el deseo erótico una finalidad *unitiva*, busca la comunión con otra persona, nos llama a no encerrarnos en nosotros mismos, alcanza su plenitud en una forma de comunión interpersonal.

Si no atendemos a estas dos dimensiones, el deseo sexual se curva. Entonces deja de dirigirse hacia otra persona; se busca a sí mismo como fin y la otra persona pasa a ser “objeto” o solo “parte” del disfrute propio. De este modo el amado se reduce solo a sus valores sexuales. La relación pasa a ser de “uso” y ya no de “comunión”.

La castidad no es solo el “autodominio”, ni la “sublimación” del deseo sexual. La castidad tiene que ver con el “orden del amor”. Por eso, una pareja que practica la contracepción, aunque piense sinceramente que se une por amor, está negando el sentido mismo de la sexualidad. El motivo, en este caso, es que no respeta, sino que cancela, el significado *procreativo*, que es intrínseco al orden de este acto. ¿Y si hay que distanciar nacimientos de hijos por una causa grave? En ese caso, la virtud de la castidad bien vivida puede hacer que los esposos cambien sus costumbres sexuales. Dado que la relación sexual (cuando está integrada por la castidad) se vive como un regalo recíproco, los esposos podrán aprender a vivir los tiempos de espera también desde el don mutuo, expresando el afecto de otra forma y como preparación a las uniones futuras. Lo propio en estos tiempos en que se quieren espaciar nacimientos sería entonces hablar de “uniones periódicas”, más que de “continencia periódica”. Los llamados “métodos naturales” colaboran precisamente en la inteligencia de un amor que busca respetar los significados del cuerpo. Se llaman “métodos” porque no son simples técnicas que se apliquen, sino caminos (método viene de “odos”, en griego “camino”) que recorreremos para madurar en el amor. Se llaman “naturales” porque se corresponden con la naturaleza del amor humano, con su verdad y su dignidad.

Naturalmente, todo esto, como dice la *Humanae Vitae*, “aparecerá a los ojos de muchos difícil e incluso imposible en la práctica. Y en verdad que, como todas las grandes y beneficiosas realidades, exige un serio empeño y muchos esfuerzos de orden familiar, individual y social. Más aun, no sería posible actuarla sin la ayuda de Dios, que sostiene y fortalece la buena voluntad de los hombres. Pero a todo aquel que reflexione seriamente, no puede menos de

aparecer que tales esfuerzos ennoblecen al hombre y benefician la comunidad humana” (n.20).

Pero no sería suficiente, aunque sería ya mucho, que en Familias de Betania se viviera esta forma de “castidad” que hace profundamente fiel y fecunda la realidad del matrimonio. La *Humanae Vitae* llama a algo más, invita también a convertir esta forma de vida en una labor apostólica. Por eso habla de “una nueva e importantísima forma de apostolado entre semejantes”, que consiste en que “los mismos esposos se convierten en guía de otros esposos. Esta es, sin duda, entre las numerosas formas de apostolado, una de las que hoy aparecen más oportunas” (n.26).

3. Una paternidad generosa y responsable

María y José, padres de un único Hijo. ¿Pueden servir de modelo a las familias numerosas? ¿Es esta una pregunta impertinente? Precisamente en el marco de la cultura de Israel donde para la mujer era un privilegio ser “madre de muchos”, ¿por qué María y José tuvieron solo uno?

De nuevo tenemos que volver al principio de nuestro tema, para reconocer en María y José un modelo excepcional, que no podemos poner en serie y en continuidad con los demás. Ellos recibieron la misma Fecundidad, con mayúsculas, y así el principio de toda fecundidad. Su hijo no era hijo único, sino que era el Hijo Único. Es esta la singular apertura de María y José a una maternidad y paternidad que abraza el universo de todos los hijos de Dios. María, a los pies de la cruz, se convierte en Madre de la Iglesia.

A la luz de María y para hacerse una idea cabal de lo que significa la apertura a la vida, vale la pena releer *Humanae Vitae*, 10: “la paternidad responsable se pone en práctica, ya sea con la deliberación ponderada y generosa de tener una familia numerosa, ya sea con la decisión, tomada por graves motivos y en el respeto de la ley moral, de evitar un nuevo nacimiento durante algún tiempo o por tiempo indefinido”. Se nos recuerda así, como hacía ya *Gaudium et spes*, 50 y, como ha proclamado siempre la Iglesia, que una familia numerosa es un gran regalo, fruto de esa fecundidad *generosa* de los padres. Y, naturalmente, se nos advierte también de que puede haber “graves motivos” por los que una familia vea necesario posponer un nuevo nacimiento.

Añadamos también el testimonio de los “esposos santos”, que nos animan en este camino. Quería aquí recordar el del matrimonio Luigi y Maria Beltrame Quattrocchi, canonizado el 21 de octubre de 2001. A finales de 1913, Maria se queda embarazada del cuarto hijo. Todo se desarrolla con normalidad hasta el cuarto mes; y entonces llega lo imprevisto. Un célebre ginecólogo de Roma da el veredicto: hay que “interrumpir” el embarazo para intentar salvar la vida de la madre. Maria y Luigi rechazan radicalmente la solución del aborto. La realidad fue que finalmente, Maria sobrevivirá otros 51 años de vida, tras haber dado a luz a su hija,

Enrichetta. Esta hija “que no debería haber nacido” es la que sostiene y cuida amorosamente a su madre en los últimos instantes de su vida.

La *Humanae Vitae* advertía en su tiempo sobre la “necesidad de crear un clima favorable a la educación de la castidad” (n.22). El primer ambiente en el que esto sucede es el “familiar”. Parece que es inverosímil hablar de una “pedagogía de la castidad” en los tiempos que corren. Seguramente es, sin embargo, más necesario que nunca. Implica, ciertamente, relatos e imágenes que centren el corazón; también los espacios de la casa que ayuden a la conversación y a una vida familiar sana, la educación, en fin, en la belleza de lo creado.

Santo Tomás, en este sentido, nos habla de una serie de virtudes más fáciles de conseguir y que ayudan a adquirir la castidad (que es virtud más costosa). Son las “virtudes potenciales de la castidad” que, como catalizadores, permiten que esta última pueda florecer. Entre ellas se sitúa, por ejemplo, la “eutrapelía”, una virtud que enseña a descansar el cuerpo y el alma con un ocio enriquecedor que evite la búsqueda de peligrosas compensaciones en la sexualidad. Ahí está también la “studiositas” que se opone a la curiosidad y trata de centrar la atención en lo que se está haciendo. Ahí están también la “humildad”, que modera nuestra infantil exigencia de conseguir todo lo que deseamos; la “mansedumbre”, que acalla la inmediatez del deseo; el “ornatum” que enseña a vestir bien y cuidar el orden y el decoro personal, como ayuda en el camino de la castidad. Así, poco a poco, se potencia esta virtud difícil de conseguir y tan clave en la vida conyugal.

4. Preguntas

Preguntas para el diálogo conyugal:

1. ¿Qué nos ayuda a vivir la castidad en la familia? ¿Cómo enfocar los tiempos de “uniones periódicas”? ¿Cómo nos ayudan los “métodos naturales” y cómo nos ayudamos a entenderlos bien?
2. ¿Cómo edificamos la casa según nuestra vocación desde la Familia de Nazaret? ¿Cómo es nuestra apertura a la vida? “Acoger la vida” implica, naturalmente, una generosidad en la apertura a tener muchos hijos, pero también en los tiempos y espacios dedicados a ellos. ¿Lo tenemos en cuenta?
3. ¿Agradecemos los hijos que tenemos? Y, si Dios no nos los ha dado, ¿acogemos el misterio de un plan de Dios, doloroso, sin duda, pero plenamente fecundo?

Preguntas para la reunión

1. ¿Es realista vivir así la sexualidad? ¿Qué dones recibe la familia que se esfuerza por vivir este designio de Dios? ¿Qué dificultades puede encontrar? ¿Qué formas de vivir la sexualidad ayudan en esos momentos o tiempos de “uniones periódicas”?

2. La virtud de la castidad es difícil de conseguir, ¿qué medios nos ayudan? ¿cuál de las “virtudes potenciales” que vemos más clave? ¿Cómo trabajamos, sobre todo, juntos, a través de prácticas concretas para luchar por esta virtud.
3. La Sagrada familia de Nazaret es modelo de las dos formas de vida, de las dos vocaciones, ¿cómo se ayudan mutuamente las personas llamadas a la vida matrimonial y las llamadas a la vida virginal?
4. ¿Somos apóstoles también de esta forma de vivir la sexualidad? ¿Conocemos bien los métodos naturales y ayudamos a otras personas a conocerlos?